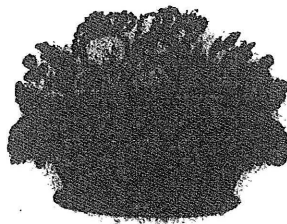


EL
EGOISMO
Y LA
AMISTAD
O
LOS EFECTOS DEL ORGULLO

NOVELLA

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR UNA JOVEN ARGENTINA.



MONTEVIDEO Año DE 1834.

IMPRESA DE LOS AMIGOS.

DEDICATORIA

A LAS SEÑORITAS PORTEÑAS.

Vosotras sois, queridas compatriotas, el objeto á quien dedico el débil ensayo de mis estudios; porque fué cerca de vosotras que gusté de esta útil é inocente distraccion de la imaginacion que al paso que contribuia á formar nuestra razon nos inspira sentimientos tan nobles como generosos.

Nací como vosotras, en las riveras del *Magestuoso Plata* donde mamé con el sustento el amor á la libertad, y como vosotras tengo un corazon que palpita al nombre de *Buenos-Aires*; aunque ausente del Sol Argentino no puedo olvidar la tierra querida donde nací, donde fuí educada, donde la voz de un tierno Padre gravó en mi corazon las maximas de moral, el amor á la Patria! . . . perdonadme, me he estendido demasiado; pero los recuerdos de la infancia ejercen mucho imperio en nuestro corazon.

La pequeña obra literaria que os dedico es, sin duda, bien escasa de mérito; pero me lisongeo que la recibireis con indulgencia; cuando sepais que quien os la dedica, la tradujo á los ocho meses de estudio, y á los catorce años de su edad.

Vuestra compatriota.

JUANA MANSO.

EL EGOISMO Y LA AMISTAD

O

LOS EFECTOS DEL ORGULLO.

Hijos del infortunio! Presa de la desgracia aun antes de haber visto la luz, confiad solo en vosotros, mismos! Dios solo es vuestro único amigo, la opulencia huye de la miseria, y aparta la vista, de aquellos á quienes la suerte persigue; en vano la pobreza modesta implora su socorro ó le espera en silencio; ella no busca mas que los placeres y no acaricia sino al hombre afortunado. Entre los favorecidos de la ciega Diosa, hai algunos seres sensibles é inclinados al bien, pero es menester confesarlo para mengua de la humanidad, el número de estos es tan limitado que no hay comparacion entre la avaricia y la beneficencia. Voy á daros un ejemplo donde se verá triunfar la desgracia, lo que sucede muy raras veces en el mundo.

Eugenia hija de un caballero de Provincia, unia á su nacimiento todas las ventajas que la naturaleza y que la fortuna completan. tenia talento y viveza y aquel conocimiento del mundo que hace el trato tan amable; á una fisonomia graciosa agregaba una amable sonriza que la adornaba mas, y su tono afectuoso hacía presumir que bajo aquel exterior tan amable se ocultaba un bello corazon, en efecto, Eugenia habia traído al nacer el jérmén de algunas virtudes: era dulce y cariñosa; se le conocia una inclinacion por la amistad. Contrajo muchas relaciones de este jénero y las quebrantó con la misma facilidad, sea que no hubiese encontrado un corazon que se acomodase con el suyo,

sea que el himeneo cuyo yugo sufría ya á los veinte años hubiese absorbido toda su sensibilidad: se le vió alejarse de las jóvenes, á quienes mas habia querido.

Una de ellas llamada Leonor de Villers, supo conservar por mas tiempo su ternura: nacida Leonor de padres pobres pero tan distinguidos como los de Eugenia, habia podido cultivar las felices disposiciones que tenia para todo jénero de instruccion, su persona era agradable y su modo de vestir sencillo: se le recibió en la casa como una protegida: su natural timidez, su complacencia, y su admiracion por Eugenia entonces madama de Gercourt, hacian mirar con agrado sus visitas, sin embargo su jénero observador habia notado las imperfecciones asi como las buenas cualidades de aquella á quien á penas se atrevia á llamar amiga, no se le ocultaba que un orgullo insufrible era uno de los defectos de que adolecia aquella Eugenia á quien amaba tanto; Leonor lisonjeó esta inclinacion sin prevenir las consecuencias, su adulacion le dió entrada en el corazon de madama Gercourt que deseó, llevarla consigo á Paris donde su esposo debia establecerse con ella.

Leonor acababa de perder á sus padres; en la imposibilidad de poderla dotar, no habian podido tampoco pensar en establecerla; y se veia á los diez y siete años huérfana sin estado y sin esperanzas de fortuna cuando todavia corrian sus lágrimas sobre la tumba de su familia. No tubo mucho trabajo madama de Gercourt en decidirla á que partiese con ella. Los primeros momentos fueron dulces y consolaron á la Señorita de Villers; esta se esmeraba por su parte en agradar á aquella que miraba como su bienhechora; pero muy luego le fué difícil sostener su papel de complaciente. Al tono amistoso sucedió el tono de proteccion y muy luego el de la indiferencia, aun era poco, las nuevas relaciones, los placeres absorvieron la atencion de madama de Gercourt, mil homenajes lisonjeros la hicieron insensible á los halagos de Leonor.

Se empleaban las mismas espresiones, *mi buena amiga, mi querida*; pero el tono que las acompañaba no era ya el mismo; el pintaba bien el fastidio; la pobre de Villiers no iba á diversion alguna, se la hacia servir y se impacientaba con ella lo que al paso que mostraba, evidentemente sus descontento humillaba á la victima del amor propio y del capricho. Leonor sentia sus ojos llenos de lágrimas y no queriendo hacer aparecer en su rostro una reconvencion á semejante proceder se encerraba al ins-

tante para llorar con libertad, Madama de Gercourt conocia sus faltas para con aquella exelente jóven que sabia bien no le era inferior en el nacimiento. Y renacia la alegria en el corazon de la amable Leonor.

Lo que es natural no puede mudarse, Eugenia descontenta de su marido cuya conducta no era irreprencible hacia participar su malhumor á la amiga de su infancia, á aquella que nada habia podido separar de su lado. Cuando su orgullo le hacia sentir la necesidad de desahogar su corazon, Leonor era quien se buscaba, esta oia con la paciencia de un angel las quejas de madama de Gercourt y la consolaba lo mejor que podia; cuando las penas de Eugenia se disipaban olvidaba la tierna solicitud de su amiga y de nuevo le hacia experimentar todo el peso de su despotismo.

Un frio silencio, medias palabras con que hacia ver el deseo de despedir á una tan buena amiga, no le dejaba ninguna duda sobre su demasiada culpable intencion. La Señorita de Villiers la libertaba de su presencia y entraba en su cuarto con el corazon acongojado y el alma oprimida. Ay de mi! decia, lo veo con dolor es preciso separarme de mi amiga, ¿que será de mi? Quien participará de mis penas si la amistad me abandona? Estas tristes reflexiones le inspiraron el deseo de emplear todos sus momentos en un trabajo que pudiera un dia procurarle algunos medios honrosos de subsistencia.

Desde este instante se contrajo al bordado y al dibujo. Y en poco tiempo hizo grandes progresos adquiriendo insensiblemente un recurso seguro contra el golpe que no tardó en recibir. Algunos quebrantos en la fortuna del Sr. de Gercourt hombre entregado á los placeres y á la disipacion, dió á su muger el pretesto que buscaba para deshacerse de Leonor; cuya sociedad le causaba fastidio. Esto no es estraño si se considera que la Señorita de Villiers siempre melancólica; con el corazon angustiado y el amor propio ofendido ofrecia sin cesar el cuadro de la aficcion en una casa donde reinaba la alegria, donde se ocupaba la mañana en las diversiones del dia, donde la lijeresa y el sarcasmo reemplazaban la injenuidad, donde la sencibilidad era el objeto del ridiculo. Leonor sin embargo podia permanecer sin costar nada; cuando se ocupaba constantemente de todos los quehaceres de la casa su servicio equivalia al de una ama de llaves, pero su presencia importunaba.

Una tarde la Señora de Gercourt le dijo que habiendo su-

frido algunas disminuciones en sus rentas no podia. Leonor no la dejó acabar. Partiré, Señora le dijo con una voz alterada volveré á Provenza. Volveré á mi pais de donde nunca debiera haber salido. Esta reconvenccion me admira, replicó madama de Gercourt podeis quejaros de mi? Jamas Señora! Pero yo hubiera debido preveer que siguiendooos á Paris podria algun dia. . . . No mi querida en ese tiempo eramos dos aturdidias, porque ya hace. . . . tres años que pruebo lo mas grato de la amistad; interrumpió Leonor, con un tono que queria decir que no habia sentido sino la frialdad de la indiferencia. Despues volviendo á su caracter que era la bondad misma, añadió no olvidaré jamas lo que habeis hecho por mi; os pido solo que cuando esté lejos de aquí os digneis responder algunas veces á mis cartas. Oh! con mucho gusto amiga mia, pero ya sabeis cuantas ocupaciones. . . . No importa, podeis escribirme de cuando en cuando. A dios por esta noche, no partais hasta de aqui algunos dias, nada os cuesta quedaros aun una semana. Diciendo esto madama de Gercourt, se levanta y dá á Leonor una bolsa con una cantidad de oro suficiente para los gastos de viaje. La timida de Villiers la recibió ruborizada, no era el don de la amistad el que la hacia abochornarse, era la indiferencia que se le mostraba. No titubeó sin embargo; apenas eran las ocho de la noche y madama de Gercourt se fué á vestir para ir al baile, Leonor fué á la casa de la diligencia alquiló un asiento para el dia siguiente y volvió á su casa á acomodar los pocos efectos que le pertenecian, descansó un instante de las fatigas del dia y trayendo á la memoria el dia que habia partido con tanto placer se acordó de una Señora Clemente que en aquella época le habia propuesto que se quedase en Provenza partiendo con ella sus tareas: tenia entonces un colejio de Señoritas. Ay de mi! que no hubiese oido yo sus sabios consejos. Se decia la desgraciada de Villiers, sin duda ya no es tiempo!. . . . Pasó el resto de la noche en arreglar las cuentas, repasar la ropa y el menaje que habia estado á su cargo. Hizo llamar al mayordomo que tenia por un hombre de bien y le entregó las llaves. Evrad le preguntó para que. Voy le dijo Leonor, á pasar algunos dias al campo á casa de unos de mis parientes; no entregueis esto hasta mañana á medio dia. Evrad lo prometió asi y se retiró; no creyendo sin embargo lo que la Señorita de Villiers le decia; sospechaba la verdad. Cuando en una casa no se tienen consideraciones con los que la honran con su amistad los criados son siempre los que primero lo

conocen. Era la una de la mañana: y hallándose Leonor sola escribió este billete á madama de Gercourt.

Adios Señora á quien tanto he amado! por quien he rehusado el humilde asilo que me ofrecieron; voy á volver al lugar de mi nacimiento: la indigencia era mi patrimonio y vuestra amistad me la habia hecho olvidar! . . . Al menos conservad en vuestra memoria en medio de los gozes que hacen el encanto de vuestra vida un recuerdo á Leonor de Villiers que no os olvidará jamas. Yo parto sin abrazaros; nuestra despedida seria demasiado terrible para mi corazon! Asegura al Sr. de Gercourt mi respeto y mi reconocimiento, dignandoos recibir el sincero afecto de mi constante amistad,

LEONOR DE VILLIERS.

Despues que hubo cerrado la carta, Leonor trató de descansar alguntanto; mas le fué imposible conseguirlo; su corazon estaba muy agitado. Era preciso partir á las cinco de la mañana y aun no eran las cuatro cuando oyó entrar á madama de Gercourt que pasó al cuarto de su marido. La Señorita de Villiers los oyó reir y contarse las aventuras del baile; bajó sin hacer ruido. Ella habia mandado su equipage á la diligencia y dado orden al portero que le abriese á las cuatro y media, se detuvo un momento á la puerta de madama de Gercourt. Jamas aquellos que habia tenido por sus amigos habian estado mas alegres; la jovialidad de Eugenia hizo derramar lágrimas á Leonor que por no venderse sale precipitadamente de aquella casa á donde jamas debia volver. No la seguiremos en su triste viaje, nos bastará decir que á madama de Gercourt le fué poco sensible la noticia de su partida y que la pobre abandonada llegó á Montpellier, sin haber podido desechar sus penas. Se informó sin dilacion de la buena Señora Clemente que la habia querido recojer cuando prefirióla brillante Gercourt. . . . Se le dijo que siempre tenia su colegio. Leonor se dió prisa en buscarla y la halló, se la recibió con mucha indiferencia. Hacen tres años que os alejasteis de aquí le dijo ella; y no he recibido mas que dos cartas vuestras, yo os creia ya en el gran mundo. Ay de mi! Mi tierna y querida amiga! No he hecho sino verlo apenas, no me lo han hecho ver sino para hacerme sentir su privacion; la tristeza y cierta especie de verguenza que sierra la boca á los desgraciados, me han contenido y no me atrevia á quejarme. Entonces le contó de que modo habia es-

culo en casa de madama de Gercourt. Y que vais á hacer ahora replicó madama Clemente, con un tono que demostraba su compacion! No puedo yo enseñar como voz á algunas niñas? Hay tantos maestros sin ocupacion, dijo madama Clemente y por otra parte es menester saber.....Yo he aprovechado mis ratos perdidos y me creo bastante instruida. Pues bien hija mia si es así quedaos con migo me ayudareis, yo ya embejesco; pronto me succedereis....Leonor se arrojó á sus brazos y inundándolos con sus lágrimas y repitiendo, no señora, vos vivireis para ser mi consuelo, mi madre, yo os cuidaré en vuestra vejez. Una pequeña sala servia de retrete á la pobre de Villiers, como era jóven ayudó á madama Clemente, la aliviaba mucho; pero? Cuantas penas debia sufrir cuando no estaba acostumbrada á levantarse con el dia, á encargarse de todos los cuidados de la casa antes de empezar las lecciones. No tenia mas descanso que algunas horas de la noche. Su salud naturalmente delicada resistió dificilmente á tanto trabajo. De este modo transcuraron quince meses; Leonor cobraba cada dia mas valor y luchaba contra la suerte de quien supo triunfar á fuerza de paciencia y de trabajo. En esta época llegó una Señora que venia de América, rica y con títulos, apareciendo con un gran fausto se estableció en Montpellier. Habia una posesion en venta á las puertas de la Ciudad, la compró. Su situacion, el aire salubre de estos cantones, todo contribuia á hacer de aquella casa de campo una mansion deliciosa. La baronesa le de Blainval habia traído dos criollitas, con la intencion de hacerles aprender el frances, felizmente para Leonor, una persona de la Ciudad que la apreciaba habló en su favor y la recomendó; la Baronesa le hizo proponer ser la instructora de sus jóvenes criollas. Madama Clemente no vaciló en privarse de su compañía, y la rogó no desperdiciase tan bella ocasion; la Señorita de Villiers fué presentada. Los modales finos que habia adquirido y sabido conservar, su modestia, su fisonomia que pintaba la bondad de alma, interesaron á la Baronesa que la admitió con las condiciones mas ventajosas. En tres años formó la educacion de las niñas que la amaban como á una hermana. Nadie es capaz de pintar el afecto de la Baronesa de Blainval para con Leonor; la dulzura y esmero de esta amable jóven robaron enteramente su corazon. Ella nunca le habia preguntado nada sobre su nacimiento. Leonor como ya lo hemos dicho antes, era de una familia distinguida: mas siempre habia tenido el cuidado de decir que era sobrina de Madama Clemente, cuando

entró en casa de la Baronesa. Una especie de respeto para con sus nobles y desgraciados padres la habian obligado á guardar este misterio. Un dia en el cual las dos solas se entretenian en los Jardines con aquella confianza que con tanta facilidad se establece entre dos personas nacidas para amarse, solicitada tiernamente, Leonor contó en pocas palabras la historia de su infancia y la de sus juveniles años, y nombró á su padre. Qué! exclamó la Baronesa, vos sois hija del caballero de Villiers! Pariente cercano de mi esposo? Oh cielos! Seré tan feliz! creería. . . . Si, mi querida Leonor, vos me pertenecéis: sois el último vástago de una familia ilustre. Hacen diez años que yo perdi el amigo mas caro, el esposo que mi corazón habia preferido. Vos sereis mi hija y mi heredera; Leonor creia soñar; mil sentimientos confusos pero alagueños embargan su voz, sus lágrimas hablan por ella; Que mudanza! La Señorita de Villiers hija adoptiva de la Baronesa de Blainvall! En su alegría pidió licencia para retirarse á escribir á su amiga.—Yo creo hija mia que no dais este título á madama de Gercourt. Esta pregunta fué hecha con un tono un poco severo. Leonor calló.

”Escribid á madama Clemente, continuó la Baronesa, que esta digna muger venga á participar de vuestra felicidad y de la mia! Pero dejad á Eugenia, estoy cierta que desde vuestro regreso á Provenza no os ha escrito.” Una vez me respondió por un billete muy afectuoso.—Que generosidad! Vos seguireis mis consejos, ¿no es verdad mi querida? yo obedeceré á mi bienhechora á mi madre! La Baronesa la abrazó dejándola desahogar su corazón con una carta que escribió á madama Clemente. Es inútil hablar de la satisfaccion que esta última sintió. Se puso al instante en camino y cuando llegó tuvo la mejor acogida. Se resolvió que renunciaria á su Colegio y vendria á acabar sus dias en el seno de la amistad, La felicidad de Leonor fué duradera pero tuvo el dolor de perder alcabo de dos años á esta madre querida que la Providencia le habia deparado. Su testamento fue hecho en favor suyo, sin embargo, no olvidó á las dos criollitas cuya subsistencia quedó asegurada. Estas debian vivir con la Señorita de Villiers para servirla y hacerle compañía, á menos que se casase.

Cuantas lágrimas corrieron sobre la tumba de la Baronesa! Pero acabemos de hacer conocer todas las virtudes que adornaban el alma de Leonor de Villiers. Como poseia un caracter benéfico no olvidaba á Eugenia. Sumisa á la voluntad de la que la hacia

gozar de suerte tan próspera se guardaba bien de escribir á Paris, pero en el fondo de su corazón deseaba que alguna circunstancia la pasiese en estado de conocer si madama Gercourt vivía como ella feliz y contenta.

Una tarde habiendo ido á visitar unas Señoras de Montpellier y retiráronse con sus dos criollitas, quizo pasearse un momento en el prado, sitio ameno en esta Ciudad; el sol declinaba y ya se perdía tras de los Alpes. Una muger, envuelta en una manta vieja caminaba con algun trabajo á algunos pasos de Leonor quien la vió sentarse como sino pudiese sostenerse. Su corazón lleno de compacion la conduce á buscarla, se retira un instante, viendo que la desconocida tapa sus ojos con un velo de gaza negro que apenas cubria su cabeza y hacia ver al traves sus cabellos en desorden. La Señorita de Villers la oye llorar y pronunciar estas tristes palabras.—Dios mio ya que no tengo la menor esperanza, dignaos poner fin á mi triste existencia! que no pueda yo acabar mi vida en el seno de estas montañas y perecer desconocida! . . . Pero que tengo que temer? ¿quien podrá conocer en este miserable estado á aquella que fué la feliz Eugenia de Gercourt?—Eugenia! . . . Esclama la Señorita de Villers quitando el velo que ocultaba á su antigua amiga. Es posible! . . . Pero reconoce á Leonor, que te tiende sus brazos! Madama de Gercourt se arrojó á ellos bañada en lágrimas y llena de rubor.

¿Sois vos, dije, á quien yo he despreciado, ultrajado? . . . Si yo soy quien os ama siempre! El sitio estaba solitario; la noche que se aproximaba habia dispersado á todos; lo que libró á madama de Gercourt de ser vista con el traje de la miseria; este socorro inesperado realizó á sus ojos la bondad de una amiga tanto tiempo desdeñada; Leonor la condujo á su deliciosa morada; la admiracion y el embarazo se pintaban en los ojos de Eugenia: madama Clemente la reconoció, apesar de la mudanza que los años y las desgracias habian hecho en sus facciones; le hizo un frio recibimiento que no se escapó á Madama de Gercourt; pero las caricias y agasajos de la amable Leonor no le permitieron hacer atencion á esta muestra de indiferencia. La Señorita de Villers no se ocupó mas que en procurarle todos los socorros que necesitaba; la instó para que descansase, diciéndole mañana me contareis vuestras desgracias y si depende de mí disminuirlas ó hacerlas cesar creedlas acabadas.

Madama de Gercourt la abrazó respondiéndole:—No, generosa amiga, no podré entregarme al sueño en la agitacion en que me ha-

llo, estamos solas, dignaos escuchar la relacion de los males que he sufrido; ellos os han vengado bien! Eugenia le dijo que su esposo habia disipado toda su fortuna, que su dote empeñado para recibir las deudas contraidas por el imprudente de Gercourt los habia reducido á la necesidad de vender su casa y ella sus halajas. Mi padre ha muerto añadió la triste Eugenia: heredera de sus tierras en Provenza, cuando ví sucumbir á mi esposo sin poder ya hacer un papel brillante, viuda y deplorable víctima de sus faltas, he venido á Montpellier con la esperanza de entrar en posesion de mis bienes, y los he hallado hipotecados por cantidades que exceden á su valor. Los arrendadores son los dueños; se me ha recibido en mis hogares como á una extranjera, rehusándome un asilo en ellos! Privada de todo recurso despues de ocho dias, vine á Montpellier, á esta Ciudad donde pasé mi dichosa infancia y los mas bellos dias de mi vida. Aquellos de mis parientes que pudieran tal vez haberme sido útiles están ausentes. Yo iba á dar fin á mis dias por un acto de desesperacion... Dios os ha traído á mi auxilio y no me ha abandonado!.. La Señorita de Villiers enjugó las lágrimas de su arrepentida amiga.—Tambien hizo á su vez la relacion de todo lo que le habia acaecido despues de su separacion: su delicadeza no le permitió hacerle saber la voluntad de la Baronesa que se habia opuesto á que se reuniesen; creyó que en el estado en que se encontraba en aquel momento madama de Gercourt, todo debia perdonarse y no creyó tampoco que por congraciarse con ella debia faltar al respeto debido á la memoria de su Madre adoptiva. No pudo ménos de bajar los ojos, Eugenia, al oir que su amiga le habia escrito mas de veinte cartas despues de su larga ausencia. Esta fué la sola venganza que se atrevió á tomar la Señorita de Villiers. Ella ofreció partir su fortuna con madama de Gercourt, esta reusó admitiendo solo el beneficio de vivir en su compañía queriendo reparar sus antiguos errores por los esmeros de una amistad perfecta. Este plan fué ejecutado; Leonor no se desmintió jamas é hizo avergonzar mas de una vez á la orgullosa Eugenia, que por un justo capricho de la suerte se vió obligada á obtenerlo todo de la mano de aquella á quien habia querido humillar.

Si la justicia fuése siempre asi, cuantas fortunas veriamos cambiar en el mundo! Y cuantos corazones que se niegan á la compacion se verian en la dura necesidad de implorarla. No olvides amable juventud que Leonor debió su felicidad á su trabajo y á su constancia en la adversidad y sobre todo á sus virtudes!